

Rouévres con acento cariñoso,—perdonadme, y creed que agradezco en el alma vuestra confianza. Vuestra historia conmovió mi corazón, y os prometo que jamás saldrá de mis labios ni una sola palabra referente á ella.

—Mi deseo es el de que no se ocupe nadie de mí, y mi posición me relega á desempeñar un papel secundario con el que estoy muy resignada, y creo que haría muy mal en quejarme, porque sé que hay personas que son más infelices que yo.

Acordóse Marta al decir esto de su antigua amiga Rosa Godin, cuyo recuerdo no se separaba ni un solo instante de su memoria.

—¡Pobre Rosa!—pensó.—¿Qué habrá sido de ella?

La Duquesa, compadeciéndose de Marta, quiso distraerla hablando de las bellezas de Morville, de lady Ellington, de la casa de Brighton y de la isla Wight, pero su pensamiento tampoco estaba acorde con sus palabras, porque también la preocupaban graves cavilaciones.

La Duquesa perdiase en un mar de confusiones y conjeturas, cuando de pronto abrióse una de las puertas del salón.

—Aquí está la señora Condesa,—dijo la señorita de compañía poniéndose en pie, saludando á la Condesa y retirándose discretamente.

X

En los años transcurridos había cambiado muy poco el aspecto de Valentina de Kerhoët. Su rostro de rasgos delicados conservaba aún toda su frescura con un no sé qué de nuevo realce y con esa plenitud que constituye el colmo de la belleza y el perfeccionamiento de la forma. Sus ojos conservaban la misma viveza, sus labios el encendido carmín, su completa dentadura los reflejos del marfil, su piel ambarina la tersura, y en su negra cabellera no se veía ni una sola cana, ni en su rostro una arruga.

Al entrar y ver á su amiga fuése directamente á su encuentro tendiéndola las dos manos.

—¡Estás de regreso y no me dijiste ni una palabra! ¡Cuánto siento haberte hecho esperar!

—No me tengas lástima, porque el tiempo se me hizo muy corto gracias á que lo empleé charlando con la señorita de compañía.

—¡Con Marta!

—Sí, ese creo que es su nombre. No me habías dicho nunca nada acerca de tu proyecto.

—Fue una idea que se me ocurrió de pronto y que puse inmediatamente en planta.

—¿Sabes que me gusta mucho y que la encuentro muy apropiada al cargo? Hiciste una elección excelente.

—¿Te parece bien?—preguntó Valentina.

—Te felicito por ella y no puedo menos de comprender que te intereses tanto.

—¿Por qué?

—Por lo conmovedora que es su historia.

—¿Te la contó?

—En pocas palabras y al verse abrumada por mis preguntas confesóme al cabo que no conoce á sus padres, ¡pobrecilla!

—¡Sí, pobre niña!—dijo la condesa de Kerhoët.

Y con acento indiferente preguntó á continuación:

—¿Hace mucho que os instalasteis en Deauville?

—Dos días.

—¿Y el Duque?

—No es á mi á quien puede hacerse esa pregunta, sino á sus amigos del Círculo, á sus camaradas de alegres francachelas, á los que apuestan en las carreras, á los *bookmakers*, y sobre todo á su amigo el señor de Breynes. Ahí tienes uno, amiga mía, por el que no saldría yo garante en punto á jovialidad, pero es un pariente de Rouévres y no hay medio de desembarazarse de su compañía. ¡Ah! ¡En cuanto al Duque, ese sí que es un extraño personaje! ¡En la apariencia mucha cortesía, y en el fondo mucho desdén

hacia mi plebeya condición! Ahí tienes lo que aportó al matrimonio; en tu casa le conocí, y no vayas á creer que por eso te tengo mala voluntad, porque te opusiste mucho á que se saliese con la suya aconsejándome que no aceptase sus proposiciones, ¡le juzgabas mejor que yo! Tengo la culpa de lo que me sucede y no puedo echarla á nadie, habiendo después de todo recibido mi merecido; quise ser Duquesa y lo logré, y al mismo tiempo la esposa de un hombre voluble y antojadizo.

Hizo Valentina un movimiento de despecho, del que la Duquesa hizo como que no se apercibió ó realmente no se apercibió de ello.

—¿Y nuestros proyectos?—preguntó.

—¿Qué proyectos?—contestó distraidamente la Condesa.

—El referente al casamiento de Jorge con Elena.

—Es preciso ver á mi hijo, hablarle del asunto,—replicó Valentina con un embarazo que esta vez no pasó desapercibido para su amiga.

—Creía,—dijo ésta,—que era cosa convenida entre nosotras, que estábamos de acuerdo y que tan sólo faltaba fijar la fecha del enlace.

—Es cierto.

—¿Y entonces qué significa lo que dices?

—Escúchame, puesto que sabes perfectamente que no oculto nada á tu amistad. Es cierto, sí, que Jorge ama á Elena, y sin em-

bargo de eso, observo en mi hijo un cambio que no acierto á explicarme.

—Sucédeme á mí lo propio, y eso es lo que me inquieta.

—Le gustan las mujeres,—siguió diciendo la Condesa,—más temo mucho que le desagrade el matrimonio, y dicho sea entre nosotras, sin rodeos, opino, amiga mía, que nuestro ejemplo no debe animarle mucho.

—¡Oh! ¡Es indudable!—respondió la Duquesa con el acento propio de la persona que está intimamente convencida de lo que dice. Vengo observando un cambio desde el día que dimos una fiesta íntima, hará aproximadamente unos tres meses hallándonos en mi casa de Savineux en Seine-et-Marne. El Duque y su sobrina hallábanse en Vilesnes, en tus posesiones, muy cerca de las mías, mientras viajabas por los alrededores de Marsella. En esa reunión se bailó mucho, y asistieron á ella los de Chesnaye, Rigny y la Dupont, todos nuestros convenidos, en una palabra, y al parecer todos se divertieron mucho, y el Duque se marchó solo á Vilesnes, y Elena, que estaba muy cansada, quedóse en la quinta. ¿Qué pasó? Es lo que ignoro. Había bailado mucho con el más joven de los de Chesnaye; Elena es muy coqueta, lo que debe á su carácter y á su edad, y al día siguiente tuve ocasión de observar que mi hijo Jorge estaba como contrariado, y que entre ambos existía algún desacuerdo, sin duda por celos. Observélos sin que lo supiesen, y averigüé que en el parque habían

tenido una explicación muy viva en uno de los cenadores, y cuando Elena volvió á mi lado tenía los ojos encarnados.

—¡Pobre niña!—murmuró la Duquesa. Creo que si no se verificase ese casamiento sería una gran desgracia para Elena. A tí no hay ningún inconveniente en confesártelo, ama á Jorge; está loca por él. ¿Qué sabes del almirante?

—Que llega un día de estos.

—Le vi.

—¿En dónde? ¿En París?

—Sí, y me pareció muy alegre, tanto que me llamó la atención, porque no le había visto nunca tan contento.

—Le estoy esperando de un momento á otro: tal vez llegue hoy ó mañana.

La duquesa de Rouévres exhaló un profundo suspiro.

—¡Ah! ¡Qué extraño es nuestro destino!—exclamó.—Si me casé con una mariposa, con el más voluble de los coleópteros, tú te uniste á un Cristóbal Colón, con un Capitán Cook de nueva especie, y has vivido muy abandonada.

Mordióse los labios la Condesa. Había comprendido desde hacía mucho tiempo, á pesar de la impenetrable reserva de su esposo, que si éste se desterraba voluntariamente, era por desprecio y por odio. Acostumbróse al cabo á su ausencia, y se hallaba muy satisfecha con su aislamiento, y el regreso de su esposo, ese probable regreso del que se hablaba con vaguedad, la asustaba

tanto como la afectara su separación, porque su enigmático silencio, su rostro frío y rígido como si fuera de mármol y la fría cortésia con que la trataba durante sus cortas apariciones, hacíanla estremecer á impulsos del terror.

Salieron las dos amigas del salón y se asomaron á una balaustrada de granito azul que cerraba las terrazas de Morville desde las que se gozaba la vista de un paisaje delicioso.

—Esto es una maravilla,—dijo la Duquesa,—es difícil encontrar una cosa mejor. Hay aquí puntos de vista admirables, sombras deliciosas y la orilla de un mar siempre animada. El sitio es encantador y en él se han podido realizar verdaderos milagros.

—Todo lo dispuso mi hijo, al que agradan mucho estos sitios. Hizo los planos y dirigió la construcción.

—Os felicito á ambos.

—Puedes cumplimentarle á él, ahí le tienes.

Así era, en efecto; en un sendero inmediato sombreado por dos hileras de plátanos apareció un nuevo personaje que llevaba un chaquetón de pana oscura, tan descolorida como usada, y cubría su cabeza con un mal sombrero de palma de esos que vulgarmente llaman de Yokoama y que los segadores pagan á veinticinco céntimos y por todo adorno tenía una cinta que valdría diez céntimos. El recién llegado iba cargado con una porción de utensilios á cual más raros y compli-

cados, entre los que desde luego llamaba la atención una caja manchada de colores y un enorme quitasol de tela muy ordinaria. A medida que se acercaba distinguíanse con más claridad los rasgos de su rostro adornado con toda la barba cortada á la inglesa lo mismo que el pelo. Todo en su aspecto revelaba un carácter franco y leal, así que atraía desde el primer momento al comprenderse que era hombre de naturaleza honrada y buena.

Al ver á la duquesa de Rouévres apresuró el paso, y su fisonomía expresó la satisfacción que experimentaba, dejó á un lado parte de la carga con mucho cuidado, sobre todo un lienzo que formaba parte de ella.

—¡Ah! ¡Cuánto me alegro de veros!

—¿Y por qué?

—Por una porción de razones: la primera de todas porque siempre gusta tratar con una persona que sabe posee un carácter leal.

—¿Tan rara es la lealtad?

—Sí.

—¿Y después?

—Para pedirnos vuestra opinión.

—¿Sobre qué?

Dió Jorge bruscamente la vuelta al lienzo presentándolo con aire de triunfo á la Duquesa.

—Sobre esto.

—¿Y qué es eso?—contestó la Duquesa calándose los lentes.

Al artista divirtióle mucho la sorpresa de su madre y de la Duquesa.

El cuadro representaba la cabeza de una joven de extraordinaria belleza. No estaba terminado, y aun cuando no era una obra notable, comprendíase que el modelo que lo había inspirado debía ser hermosísimo.

—¡Peste!—exclamó la Duquesa después de examinar durante algunos minutos y con mucha atención el cuadro.

—Es una linda joven á la que descubrí hace poco en las cercanías, ¡asombráos, esa pintura no llega ni con mucho á la hermosa á que representa!

—¿En dónde la encontrasteis?

—En casa de Godin.

—¡Bah!

—Es lo mismo que tuve el honor de manifestaros. Ya los conocéis, madre mía, á los Godin, á esos antiguos pescaderos que viven ahí cerca de la costa.

—¿En esa especie de casucho normando que se ve en un recodo de la carretera?—preguntó la Duquesa.

—Lo estáis viendo, es una cabeza divina y lo demás un poema.

—¿Y á qué se dedica?

—Está en el Mercado de París y vende pescado y cangrejos.

—¡Oh!

—Ni más ni menos.

—Entonces debe ser la Venus de la pescadería. ¡Una perla!

—¡Una perla! ¡Os quedáis muy corta, Duquesa! Decid más bien un brillante de agua pura.

—¿Qué nos decís?

—Lo que es, porque no supe jamás mentir, aparte de que podéis juzgar por vos misma; os garantizo la semejanza, pero el original vale mucho, muchísimo más.

La condesa de Kerhoët contempló silenciosamente el cuadro.

—¿Qué os parece? — la preguntó su hijo.

—Que tiene una mirada muy franca.

—Sí, sus ojos se parecen mucho á los vuestros, madre mía,— contestó Jorge,— y vuestra sonrisa, cuando sonreís, que es muy pocas veces.

En estas palabras encerrábase un cariñoso reproche, porque la Condesa, no obstante sus esplendores, conservaba en el fondo de su corazón heridas que ningún bálsamo podía curar. ¡Era madre y no se atrevía á besar á su querida hija, esposa y no tenía marido!

A Jorge habíale llamado muchísimas veces la atención el observar en el rostro de su madre las huellas de un dolor y desesperación tan profundos como si la dominase algún secreto pesar. ¡Cuántas veces acusó al Almirante, siempre taciturno y enigmático durante sus cortas visitas!

La Duquesa, por su parte, estudiaba el retrato y el rostro del pintor.

—¿Hace mucho tiempo que esa joven vive en el país?—preguntó.

—Hace poco llegó de París y ahora vuelve. El anciano Godin, que vive en esa casa, es su abuelo.

—¡Ah! ¿Y vuelve á París á seguir con su limpio oficio?—preguntó la Duquesa.

—Sí, sin duda alguna.

—Es muy duro eso para una mujer tan perfecta.

—No siempre se hace lo que se quiere.

Las jaquitas corsas de la Duquesa piafaban y golpeaban el suelo con impaciencia levantando el polvo con sus herraduras.

—¡Bah!—exclamó la Duquesa tomando asiento en su cochecillo.—La barrica conserva siempre el olor del arenque.

Siempre que para hacer esta clase de bromas empleaba la duquesa de Rouévres su tonillo de la Canebière, sonreíase malignamente, y sus dichos resultaban muy intencionados.

Echóse Jorge á reír, pero no pudo menos de pensar en su fuero interno que la hija del antiguo tratante en granos no era muy indulgente con los que como ella procedían de una clase humilde.

—En eso estáis equivocada,—replicó el joven con mucha viveza,—porque la barrica de aquí sólo huele á rosas y violetas de las más exquisitas, y eso dejando á un lado el que no hay oficio que sea vil ni feo.

Para la Duquesa, generalmente bondadosa y tolerante con todo el mundo, no había más cariño que el de su sobrina, y ese obstáculo que se oponía, aunque hipotéticamente, á los deseos de su Elena, la irritaba.

—Sí, tenéis razón,—contestó con acento seco.

Jorge se hallaba aún bajo el encanto de la hermosa visión é hizo frente á la Duquesa.

—Sois muy injusta con una pobre joven y no os reconozco.

—¡Son tan intrigantes esas parisienses, lo mismo las de alta que las de baja posición!

—Protesto en favor de esa, ¡si la conocierais no hablaríais así!

—¿Cuánto tiempo tardaréis en hacer esa obra maestra?

—Tres días.

—¿Y la concluiréis?

—Mañana.

—¿Tan pronto?

—No hay más remedio, se marcha mi modelo.

—¿A su puesto del mercado?

—Sí, conforme lo decís, Duquesa, á su puesto del Mercado.

—Debe estar aburrida de esa vida.

—No, porque está resignada con su suerte.

—Es mucha virtud.

—No la necesita, porque la tiene.

—¿Lo habéis probado?

—¡Vamos, Duquesa, hoy no queréis ser justa con nadie!

—En fin, ¿os sirvió ó no complacientemente de modelo?

—Sí, con muy buena voluntad.

—¿Y no la habíais visto antes?

—Nunca.

—Voy viendo que esa sardinera es una hada y que os embelesó.

—Estamos de acuerdo; es una hada y me encantó.

—Será preciso que os protejan, y cuando os caséis podéis mandarle un buen regalo.

—¡Oh! Es que en ese caso las cosas, arregladas uno mismo sin necesidad de extraños auxilios,—respondió Jorge.

—¡Esto es edificante!

La Duquesa había recobrado su buen humor, porque la próxima partida del modelo, la tan reciente amistad de los jóvenes y sobre todo la lealtad del pintor, excluían toda idea de una intriga.

—Adios, Jorge,—dijo,—haced lo posible por olvidar vuestra visión y el oficio que tiene, y acordáos que bajo la capa del cielo hay más mujeres que esa hermosa pescadera.

Hizo una amistosa señal á Valentina al mismo tiempo que la decía:

—Hasta mañana, hermosa.

Aflojó las riendas á las jaquitas, que echaron á correr con la furia de los *barberi* en las calles de Florencia en un día de carreras, y bajó la cuesta hasta llegar á las orillas del Touque con una velocidad que daba vértigos.

Al dar la vuelta al recodo que formaba la carretera refrenó la Duquesa sus jaquitas y dirigió una mirada de curiosidad á la casa ocupada por la familia Godin.

XI

En ésta todo revelaba una gran decadencia; la casa del antiguo pescadero estaba convertida casi en un montón de ruinas, y su aspecto era de los más tristes que pueden imaginarse. Los cobertizos que en tiempos servían de cocheras habíanse venido abajo, y á las cuadras y establos pasábales lo mismo, y en aquella casa en que antaño todo respiraba la alegría propia del trabajo y el movimiento, respirábanse aires de desorden y miseria.

Al ver semejante espectáculo comprendíase que por aquellos sitios habían soplado los malos vientos de la pereza ó de la miseria.

La familia Godin prosperó muy poco y después de la muerte de Francisca, que conforme dijera Hipólito murió de repente á consecuencia de la ruptura de un aneurisma, desesperóse su esposo que, á pesar de su carácter áspero é insociable, la amaba á su manera, y también debió desesperarse con la pérdida de su dinero, pues Francisca debió ocultarlo, pero tan bien, que no se encontró la menor huella de él.

Llegó una época en que no tuvo más que

pérdidas en sus ventas, que los ferrocarriles, aumentando la facilidad de comunicaciones, acabaron de anular, y no tuvo más recurso que vivir de su hacienda, que una mano misteriosa libraba de los gravámenes á que él la sometía para pagar sus excesos.

Esa vida gastó muy pronto su naturaleza y desde entonces dejóse dominar Godin por una pereza tan cobarde como incurable, entregando los cuidados de todo á la dirección de una criada sexagenaria, avara, incapaz de hacer nada, calmosa como una tortuga y á la vez ladrona y derrochadora, y de estos ejemplos vense más de uno.

Los defectos de Mariana inquietaban muy poco á Godin, que á los setenta y cinco años no se cuidaba de nada, pasando fuera de su casa la mayor parte del tiempo, durmiendo ó rodando por las zanjas abiertas á los lados del camino y lleno de barro ó de polvo.

El cansancio y la vejez bastan para explicar ese exceso de indolencia en un hombre al que algunos años antes citaban todos en el país como modelo de actividad incansable y de una afición desmedida al lucro.

Acontecía con mucha frecuencia que la misma Mariana, cansada de las escenas que presenciaba, le aconsejaba que se reconciliase con su hija la revendedora del mercado; pero el rencor que la tenía el viejo era tan grande, que resistía todas las razones.

La vieja insistía, diciéndole repetidas veces:

—Debáis mandarla á buscar, amo. Es muy buena y hacendosa.

—¡Raza de bastardas!—contestaba el viejo entre dos hipadas.

Si la vieja insistía, entonces el pescadero, poniéndose furioso, entregándose á grandes arranques de cólera:

—¡Aquí no hay de sobra para que nadie pueda vivir sin trabajar!—decía vociferando y dando puñetazos sobre la mesa.—¡Que se gane allá abajo el pan para ella y para su cría, aquí no las necesito!

Y en este tono y aun mucho peor, continuaba sus denuestos contra la ausente.

Por esta razón, á contar desde la muerte de su madre, Teresa, que después de la triste noche del 27 de marzo de 1858, habiase establecido en París y regañado con los Meraud, gracias á una cantidad que á escondidas la diera aquélla, no oía hablar apenas de su casa y de su padre.

Ante todo debemos manifestar que, á excepción de tres billetes de mil francos que la dió su madre, y que Teresa quiso devolverla más adelante, no recibió nada más y crió y educó su Rosa con el fruto de su trabajo.

De vez en cuando y sólo á grandes intervalos enviaba Teresa á su hija á Touque y consideraba estas visitas de la nieta al abuelo como el cumplimiento de su deber, y se privaba de la compañía de Rosa para no faltar á él, pareciéndole muy largas esas cortas ausencias de su hija.

Era entonces cuando sentía más y más su aislamiento, á pesar de tener en su compañía á Anita, á la pobre niña recogida por caridad, y las tres mujeres podían considerarse tan aisladas en medio del poblado París, como tres islotes en medio del Océano.

Al llegar Rosa recibíala el inflexible viejo sin arranques de ternura, no conmoviéndole ni la belleza de su nieta, ni su valor y su alegría, que resistían lo mismo que su salud á toda prueba, todas las fatigas y los peligros de la atmósfera deletérea de los barrios más populosos de París, á las noches casi sin sueño y á la asfixia de los apestosos calores del verano en la insalubre bohardilla en que habitaban.

La llegada de su nieta no le hacía cambiar en lo más mínimo de vida; salíase á las mismas horas de la casa y andaba dando vueltas al azar por los caminos, pasando horas enteras en los prados contemplando los rebaños que pastaban ó rumiaban en ellos, ó bien durmiendo la borrachera en alguna zanja de la carretera tendido boca arriba al sol.

Mientras tanto Rosa permanecía encerrada en casa acompañada de la criada que tenía á su cargo el cuidado de tres vacas, el cultivo del huerto y los quehaceres de la casa y cocina.

En el momento en que la Duquesa refrenaba sus fogosas jaquitas y éstas cruzaban al paso por delante del porche de la casa de Godin, oyóse el estribillo de alegre canción,

abrióse una de las hojas de la puerta, y por la abertura asomó el rostro de Rosa sacando la cabeza y animándose su rostro al ver tan precioso carruaje.

—¡Peste!—dijo la señora de Rouévres.— Veo que Jorge no se equivocó; ese original vale más que la copia.

La mirada de la joven siguió con curiosidad al carruaje, que arrastrado velozmente otra vez por el diminuto tronco, desapareció entre una nube de polvo, y entre la que sus ruedas al reflejar los rayos del sol parecían despedir luminosas chispas.

—¡Qué cosa más bonita!—se dijo Rosa.— ¡Hay en este mundo personas que son felices! ¡Poseen caballos, coches, alhajas y buenos vestidos!

Al terminar esta concesión á la coquetería hizo con la punta de los dedos un gesto al aire como queriendo decir:

—¿Y de qué me sirve á mí el desearlo?

Y las notas de su canción resonaron otra vez entre las agrietadas paredes de la casucha.

¿No poseía unos bienes que valían más que muchos otros ó que todos los demás juntos? ¿No tenía salud y la sonreía el amor y el porvenir? ¿Qué más quería?